

# ¿Olvidar el latinoamericanismo?: John Beverley y la política de los estudios culturales latinoamericanos

**Forgetting Latin-Americanism?: John Beverley and the Politics of Latin American Cultural Studies**

**Esquecer o latino-americanismo? John Beverley e a política dos estudos culturais latino-americanos**

## Nick Morgan

NEWCASTLE UNIVERSITY, UPON-TYNE, UK

Profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la

Universidad de Newcastle (Reino Unido). PhD de la Universidad de Manchester (Reino Unido), es autor de “El mundo es de los vivos: miedo, desconfianza y el orden social colombiano” (*Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, Universidad Simón Bolívar, Caracas, 2008) y “¿Para vivir todos del mismo lado?: violencia simbólica y multiculturalismo en Colombia” (*Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburgh, 2008). Correo electrónico: nicholas.morgan@ncl.ac.uk

Artículo de reflexión

SICI: 0122-8102(201307)17:34<18:OLJBEC>2.0.TX;2-4

### Resumen

Este artículo considera la constitución del campo llamado latinoamericanismo. Utilizando la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, ofrece una lectura provocadora de los debates ocurridos dentro del latinoamericanismo como ejemplos de una lucha por el predominio dentro del campo.

#### *Palabras clave:*

latinoamericanismo, teoría de los campos, Bourdieu, política académica.

*Palabras descriptor:* Bourdieu, Pierre, 1930-2002, política educativa, estudios culturales, América Latina-condiciones sociales.

### Abstract

The present paper studies the formation of the field known as Latin-Americanism, and using the Pierre Bourdieu's theory of fields, offers a provocative reading on the debates that taken place within Latin-Americanism as examples of a struggle for control of the field.

*Keywords:* Latin-Americanism, Field Theory, Bourdieu, Academic Policy.

*Keywords plus:* Bourdieu, Pierre, 1930-2002, education and state, cultural studies, Latin America-social conditions.

### Resumo

Este artigo considera a constituição do campo chamado de latino-americanismo. Utilizando a teoria dos campos de Pierre Bourdieu, oferece uma leitura provocadora dos debates acontecidos dentro do latino-americanismo como exemplos de luta pelo domínio dentro do campo.

#### *Palavras-chave:*

latino-americanismo, teoria dos campos, Bourdieu, política acadêmica.

*Palavras-chave descritores:* Bourdieu, Pierre, 1930-2002, política educacional, estudos culturais, América Latina-condições sociais.

RECIBIDO: 23 DE ENERO DE 2013. EVALUADO: 10 DE FEBRERO DE 2013. ACEPTADO: 17 DE FEBRERO DE 2013.

“El análisis de la locación objetiva de la variedad de protagonistas en la arena de fuerzas que operan dentro y sobre la universidad, incluyendo la ubicación y punto de vista del analista (en cuanto perspectiva asumida desde un punto en ese espacio), es un requisito para cualquier sociología rigurosa de los intelectuales”.

LOÏC WACQUANT

EN SU ÚLTIMO libro, *El latinoamericanismo pos 9-11*, el reconocido crítico estadounidense John Beverley reúne y reorganiza una serie de argumentos que a su criterio han definido el campo de los estudios culturales latinoamericanos durante una generación. Ampliando un ensayo anterior, busca actualizar estos debates centrales, y promete entablar un diálogo con las corrientes críticas asociadas con la teoría de la poshegemonía, la crítica cultural y lo que desde hace algunos años ha denominado de manera despectiva el neo-ariélismo. Enmarca el debate dentro de un análisis coyuntural que sugiere que la elección de gobiernos de izquierda en gran parte de la región hace inevitable un aumento en las tensiones entre América Latina y un Estados Unidos autoritario, incluso paranoico, embarcado en su guerra contra el terror. Estas nuevas circunstancias, insinúa el autor, tendrán un impacto particular sobre los latinoamericanistas, entendidos estos como estudiosos de un espacio cultural, político y geográfico que ellos mismos inventan en el acto de representarlo, a la manera de los orientistas de Said.

Aunque el libro tiene la forma de una colección de ensayos, ofrece varios hilos conductores que orientan la lectura. El más importante de ellos, y lo que conforma el tema de este artículo, es de hecho la preocupación principal de la obra de Beverley, a saber, las polémicas surgidas alrededor de las posturas políticas de los investigadores, que a su vez definen las diferentes versiones del latinoamericanismo. En las páginas que siguen voy a abordar este debate desde una perspectiva que busca relacionar las dinámicas del campo de estudio que Beverley denomina *latinoamericanismo* con las actitudes políticas que orientan y de alguna manera distinguen sus diferentes vertientes. Estas dos cuestiones están interrelacionadas, aunque no sean del todo interdependientes.

Como marco conceptual quiero referirme a la teoría de los campos de Pierre Bourdieu para sugerir que podemos entender con mayor claridad ciertos aspectos de los debates sobre la política del latinoamericanismo si tenemos en cuenta las lógicas inherentes a la conformación del campo mismo. En otras palabras, quiero relacionar la economía política de la academia con unas polémicas que en general se han presentado como desacuerdos sobre la “relevancia” de las posiciones políticas de los latinoamericanistas con respecto a las luchas políticas

llevadas a cabo por los grupos subalternos de la región. Por lo tanto, después de bosquejar la problemática comprendida por la teoría de los campos, voy a considerar el contenido de estos debates, situándolos en relación con el campo. Para ilustrar el argumento, utilizaré las discusiones suscitadas por el libro de Beverley, cuyo esfuerzo por delimitar y comprender la naturaleza del campo ejemplifica muy bien las dinámicas que propongo analizar aquí, aunque también aludiré a los comentarios de otros integrantes del campo.

Empecemos, entonces, por la problemática suscitada por la definición del campo. Para Bourdieu, un campo es sobre todo un espacio donde hay algo en juego para los que participan en él. En el caso de los académicos, esto puede ser una cuestión de puestos, salarios y becas, pero también de capital simbólico, es decir, de prestigio y reconocimiento (Bourdieu, *Homo*). Estos tipos de capital están íntimamente relacionados, y el campo constituye un espacio de lucha cuyos integrantes compiten para mejorar sus posiciones estratégicas dentro del mismo acumulando mayores reservas de todas esas clases de capital. Las “vacas sagradas” del campo buscan mantener las dinámicas que les han servido para conseguir su posición dominante, mientras que las nuevas generaciones implementan estrategias para subvertirlas, a veces cambiando el enfoque del campo mediante intentos de redefinirlo. Sin embargo, esta competencia se da de una manera atenuada, mediada por las reglas que estructuran las intervenciones que un actor dado –Bourdieu prefiere el término *agente*– puede llevar a cabo en un campo específico.

Además, no todo es competencia, porque si así fuera peligraría la estabilidad del campo. En realidad, incluso las controversias que de vez en cuando sacuden un campo dado representan una manera de establecer los parámetros de este. Tienen dos funciones esenciales. Por una parte, demuestran el valor del campo para todos subrayando que vale la pena luchar por lo que está en juego (Bourdieu, *Raisons*, 152). Por otra, efectivamente desempeñan un papel importante en la medida en que el resultado de las disputas tiene consecuencias para la distribución de los bienes disputados. La noción de *la apuesta* (*l'enjeu*) es importante porque nos permite reconocer aquello por lo que se enfrentan todos los participantes, desde el derecho de hablar y ser reconocidos como integrantes del campo hasta los premios y el más alto prestigio (Bourdieu, *Les règles*). Las crecientes presiones impuestas por el gerencialismo neoliberal, que exige que cada académico sea su propia microempresa en una lucha por la supervivencia, hacen que estas dinámicas se arraiguen aún más, y que el viejo chiste de que “la política académica es tan brutal por lo poco que hay en juego” sea menos convincente hoy.

Para Bourdieu, la actividad dentro de un campo no es motivada sencillamente por una serie de cálculos racionales destinados a ganar el juego sino que es mediada por el *habitus* que adquieren sus integrantes y que se ajusta al campo. El *habitus* es una serie de disposiciones que orientan las prácticas, las expectativas y las estrategias de los miembros de este, generalmente de manera no explícita. Surge de la interiorización de lo que Bourdieu llama la *illusio*, el convencimiento compartido por todos los que intervienen en el campo de que lo que hacen vale la pena (*Raisons*, 152).<sup>1</sup> La *illusio* es particularmente importante en la academia, donde hay una notable tendencia entre los investigadores a identificarse más con el campo en que desempeñan su actividad investigativa que con la institución que los emplea. También tiene una relación fundamental con los principios centrales que legitiman la actuación dentro de esta comunidad de intereses. Aquí, sin embargo, no se trata únicamente de la legitimidad en sí, sino de la aclaración de lo que Bourdieu denomina el “legítimo principio de legitimación”.

Otra característica constitutiva de un campo es su *relativa* autonomía, que implica en particular la capacidad de imponer criterios de calidad propios, sin excesiva interferencia por parte de campos distintos. Para los propósitos del presente artículo, hay que tener presente que Bourdieu enfatiza una jerarquía entre los campos, en la que el económico y el político predominan sobre el universitario y el administrativo (*Homo*). Dentro del campo de la universidad, ciertas disciplinas tienen mayor influencia porque se relacionan más estrechamente con el campo económico dominante. Este sería el caso, por ejemplo, de la medicina, la administración y las escuelas de negocios. Los campos están interrelacionados en lo que Bourdieu llama el campo del poder, y cada uno también puede incluir subcampos. Asimismo, algunos de estos subcampos tienen mayor autonomía que otros.

Este marco conceptual ha sido criticado por el reduccionismo de su enfoque, sobre todo por el énfasis en la acumulación de diferentes tipos de capital, por las limitaciones que impone la metáfora del juego y por la tendencia a aplanar los detalles puntuales de los desacuerdos que se dan en un campo dado. Si bien comparto algunas de estas reservas, considero que el modelo tiene algo que aportar a la comprensión de las luchas que se han librado durante los últimos veinte años sobre el significado del latinoamericanismo. En particular, el énfasis pragmático en el campo como un espacio de reconocimiento mutuo evita

---

<sup>1</sup> “[...] entre les gens qui occupent des positions opposées dans un champ et qui semblent opposés en tout, radicalement, il y a un accord caché et tacite sur le fait qu’il vaut la peine de lutter à propos des choses qui sont en jeu dans le champ” (*Raisons*, 152).

las discusiones interminables acerca del valor de las disciplinas, que a la larga tienden a ser poco productivas.

### Definir el campo

En primer lugar, entonces, el modelo propuesto por Bourdieu nos ayuda a distinguir entre diferentes aspectos constituyentes del campo del latinoamericanismo. Los textos que buscan definirlo tienden a enfocarse en su constitución conceptual, determinando su objeto, analizando las distintas posibilidades metodológicas para su estudio, y en un menor grado, considerando la relación de los investigadores con el espacio sociocultural en el que participan. Que este cariz conceptual determine el enfoque central de los investigadores cuando reflexionan sobre su propio empeño es de esperarse porque ocupa la mayor parte de su esfuerzo creativo. Desde la perspectiva de la teoría de los campos, lo que está en juego en la producción en este sector del campo es lo que Bourdieu denomina *capital intelectual*, el reconocimiento por parte de los participantes del valor académico del trabajo de cada cual.

Pero también hay un aspecto institucional, conformado por los departamentos universitarios, los centros de investigación y las asociaciones profesionales que albergan a los integrantes del campo, y por las editoriales que producen revistas y libros sobre el tema. Este elemento define entre otras cosas el alcance geográfico del campo –en este caso el *dónde* del latinoamericanismo– y afecta a los latinoamericanistas no solo en la medida en que determina sus posibilidades laborales, sino porque el estatus de cada uno de ellos se relaciona con el prestigio de las distintas instituciones en que desempeñan su labor. Además, pueden invertir una parte importante de su tiempo en el fortalecimiento del campo, organizando conferencias y asegurando su posición dentro del andamiaje institucional. Todos estos factores pertenecen a lo que Bourdieu llama *capital académico*, que está destinado a la reproducción del campo (*Homo*).

Consideremos, pues, el caso del latinoamericanismo. En la introducción afirmé que este es el conjunto de discursos que evocan a América Latina y evocándola, la inventan, lo cual sugiere que el campo de estudio es conformado por todos aquellos trabajos que de una u otra manera se ocupan de esta entidad geográfica, política y sociocultural, desde varias perspectivas disciplinarias. En efecto, esta definición amplia, claramente relacionada con el orientalismo de Said, es el punto de partida del libro de Beverley. Habiendo notado el origen del término en dos ensayos de Enrico Mario Santí, Beverley cita en su introducción a Román de la Campa, para quien el latinoamericanismo es “una comunidad de discursos [sobre América Latina] que ha adquirido una fuerza particular durante

las últimas décadas, sobre todo en Estados Unidos, pero también en otras partes”, y a Alberto Moreiras, quien de manera más expansiva habla de “la suma de los discursos académicos sobre América Latina” (Moreiras, *The Exhaustion*, 1, traducción mía).<sup>2</sup>

Sin embargo, la definición inclusiva pronto se reduce y se complica. Beverley reconoce la pertinencia de la precisión de Eduardo Mendieta de que hay que hablar más bien de una pluralidad de latinoamericanismos, y a lo largo de una parte del libro indica que lo que él entiende por latinoamericanismo es la red de conexiones establecida entre estas distintas corrientes, algo así como el “latinoamericanismo internacional” al que se refiere Mabel Moraña (Morña, “El boom”, 48). En otros momentos, sin embargo, presenta una visión más precisa y restringida. En el primer capítulo, por ejemplo, declara que “lo que normalmente se entiende por latinoamericanismo” es en realidad “la fusión de la teoría con los estudios latinoamericanos”, una forma de crítica que “desde la perspectiva de América Latina” es vista como la imposición por parte de la academia metropolitana de sus modas conceptuales sobre contextos que no son adecuados para ese tipo de análisis (*Latinamericanism*, 34, traducción mía).

Más allá de la referencia a esta crítica, hecha por primera vez por Moraña en su famoso texto “El boom del subalterno” (1997), lo que llama la atención en esta definición es que el latinoamericanismo emerja como una reflexión teórica sobre América Latina situada fuera de la región. Este es el latinoamericanismo “basado en la academia estadounidense y el sector de los estudios latinoamericanos ubicado en las humanidades y los estudios culturales” (*Latinamericanism*, 17, traducción mía), tan fuertemente criticado por Neil Larsen. Beverley hace eco de esta definición –si no de la crítica– al declarar que es “una formación discursiva centrada en las humanidades, más que en las ciencias sociales, como en el paradigma dominante de los estudios de área” (16). El séptimo capítulo, por su parte, ensaya otro tipo de definición al declarar que la preocupación fundamental del campo es “la identidad del estado latinoamericano” (123). Esto pareciera reducir su alcance a los debates que surgieron alrededor del interés particular de Beverley en los estudios subalternos latinoamericanos.

Todos estos matices crean cierta confusión porque los objetos que construyen no son en absoluto congruentes. El resultado es que en ciertos momentos los parámetros del campo se enfocan con claridad para luego volverse de nuevo

---

2 “[...] a community of discourses [about Latin America] that has gained particular force during the past few decades, mainly in the United States, but also beyond”; “the sum total of academic discourses on Latin America”.

borrosos. Desde la perspectiva de la teoría de los campos, sin embargo, las cosas se ven de otra manera. El latinoamericanismo es un subcampo del campo universitario, que atraviesa o traslapa varios campos mayores, entre los que se incluyen la antropología, la sociología, la geografía, la historia, los estudios literarios y los estudios culturales, que también tienen subcampos particulares. Su existencia institucional depende en parte de estos campos, pero a la vez existe por cuenta propia, sobre todo fuera de América Latina. (Hay una sola maestría de estudios latinoamericanos en Colombia, por ejemplo, mientras que en Inglaterra, donde el latinoamericanismo no es muy importante, hay por lo menos diez). Por lo tanto, es un campo altamente fragmentado en términos institucionales, lo cual implica que sus integrantes viven su relación laboral con el campo de distintas maneras. Los que conforman su núcleo se consideran de alguna forma “latinoamericanistas”, porque su mayor participación se da en este campo, pero también participan en él de manera más esporádica investigadores cuya incidencia mayor, y cuya lealtad, pertenecen a otros campos.

En medio de todas las definiciones es evidente que el latinoamericanismo del que habla Beverley no es ni mucho menos la suma de los discursos académicos sobre América Latina, sino una comunidad discursiva específica ubicada principalmente en Estados Unidos, en las humanidades, con interlocutores en América Latina y algunos otros países del norte. Podemos, entonces, dejar a un lado la analogía, en todo caso problemática, con el orientalismo de Said y reconocer que al hablar de *latinoamericanismo* estamos señalando más bien un subcampo, mayormente ubicado en las humanidades, de los estudios latinoamericanos, que tal vez podría haberse denominado *estudios culturales latinoamericanos* si no fuera por las objeciones de los que defienden la importancia de la tradición intelectual latinoamericana en contra de la imposición de las modas teóricas extranjeras.

Esta misma distinción es evidente en las reflexiones de Alberto Moreiras, uno de los latinoamericanistas más importantes, sobre la conferencia de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) de 2012. Ahora bien, la mera existencia de LASA, evento que agrupa a miles de personas, demuestra que hay una comunidad que hace una inversión considerable en el campo, sea en cuanto “latinoamericanistas” sea en cuanto investigadores que han estudiado un fenómeno regional y quieren aprovecharse del foro ofrecido por este evento. Es útil el resumen personal de la conferencia hecho por Moreiras porque incluye una corta meditación sobre el estado de lo que él llama “el campo profesional que se asocia a los departamentos de lengua, literatura y cultura hispánica en Estados Unidos en cuanto abierto al trabajo de otros campos del conocimiento (historia, antropología, sociología) y contaminado de teoría crítica y voluntad de



pensamiento político” (“¿Puedo?”). Ahora bien, si LASA pretende ser un foro para los estudios latinoamericanos, entendidos estos como el conjunto de los discursos producidos sobre América Latina, el campo anónimo descrito con precisión por Moreiras tiene una ubicación determinada, la academia estadounidense. De hecho, es el espacio profesional del encuentro entre la teoría posmoderna y los estudios latinoamericanos, que se abre hacia el diálogo con otras áreas más claramente disciplinarias.

Cuando Moreiras habla del campo profesional, sus palabras nos recuerdan que lo que está en juego en estas narrativas no es solo la constitución de un campo en términos conceptuales sino el posicionamiento profesional de sus integrantes. Por eso mismo, un comportamiento típico de los académicos en este y otros resúmenes del “estado del arte”–y en general en los reconocimientos que introducen los textos que publican– es nombrar amigos, referirse a eventos, establecer redes y posicionarse estratégicamente en el campo. Vislumbramos este proceso cuando Moreiras menciona una conversación que tuvo lugar en el 2001 mientras viajaba en carro entre Washington y Durham con Óscar Cabezas y Eric Hershberg. Un comentario del primero es el motivo de la referencia, pero la manera en que se presenta permite que el autor se ubique entre los miembros destacados de una comunidad como esta, y notar su presencia en un momento crítico para el campo.

En otras palabras, a través del conocimiento se busca el reconocimiento, entendido en términos de prestigio profesional pero también en función de la amistad con diferentes integrantes importantes del campo. Asimismo, Moreiras dice que “las cosas llevaban mucho tiempo, desde el LASA de 2001 en Washington, yendo bastante mal para nosotros, es decir, para mí, para mis amigos, para el campo profesional” (“¿Puedo?”). Beverley hace lo mismo tanto en *Subalternidad y representación* como en *El latinoamericanismo*, al hablar, por ejemplo, de “mi amiga Ileana Rodríguez” o “mi amigo Paul Bové”. Esta práctica de establecer relaciones personales puede considerarse, entre otras cosas, un tipo de “chicaneo profesional”, lo que Marc Zimmerman alguna vez llamó “Name-Dropping as Cultural Practice” (que se traduciría más o menos como “El chicaneo como práctica cultural”), pero es sobre todo una manera de crear una conciencia de grupo, fijar metas compartidas, mostrar una inversión afectiva en el campo y establecer la relativa importancia de cada cual, consagrando a los miembros destacados del grupo.

Otro aspecto de este latinoamericanismo que sobresale en el libro de Beverley es la naturaleza de su *illusio*. Para él, el latinoamericanismo implica una clase de inversión afectiva que en el exterior toma la forma de un proyecto de “simpatía” y de “solidaridad”, mientras que en América Latina se encarna

en una “afirmación nacionalista” (*Latinamericanism*, 40, traducción mía). Esta caracterización de la ética del campo –la referencia a la afirmación nacionalista entraña una crítica a una corriente rival, como veremos más adelante– viene a propósito de la idea de Santí de que el latinoamericanismo encierra una especie de “exceso reconstitutivo”, entendido por Beverley como “la recuperación del pasado en nombre de un imperativo actual, de naturaleza moral, intelectual, y/o ideológico” (*Latinamericanism*, 16). Lo que complica el panorama aún más es que Beverley también llega a definir el campo como un tipo de “política de la identidad”, es decir, como reivindicación teórica de los derechos de los latinoamericanos ante las potencias neoimperialistas, y de los grupos subalternos de la región en contra de las élites que históricamente los han excluido. Esto hace que la discusión de las presuposiciones e implicancias políticas de las investigaciones sea particularmente importante, pues transforma la política en uno de los ejes de mayor discordia en el campo.

El compromiso político, por lo tanto, puede considerarse un “legítimo principio de legitimación”. Pero no es el único. Hay dos áreas más del latinoamericanismo que se utilizan habitualmente para legitimar la acción dentro del campo, y que aparecen claramente en el texto de Beverley: la sofisticación y novedad teórica, y el problema de la perspectiva del investigador, que de alguna manera se traduce en una especie de política de la identidad. Todos los integrantes del campo tienen que tomar una posición ante estos temas, ya que forman una parte central de la *illusio* interiorizada en el *habitus* de los investigadores. Por eso mismo, también representan una fuente de controversia, ya que algunos de los participantes ponen en entredicho su validez. En esta segunda parte del ensayo, por lo tanto, voy a considerar cómo estos puntos de referencia ayudan a ubicar y a definir las diferentes corrientes dentro del campo. Aunque la actitud de los investigadores hacia tales cuestiones es relativamente autónoma, vale la pena notar que estas tienden a relacionarse con un intento de maximizar las ventajas de cierto tipo de capital, sea intelectual, sea de otro tipo, para posicionarse estratégicamente en el campo.

En cuanto a la política, pareciera que una ética implícita de la investigación exige que los latinoamericanistas expresen su solidaridad con los grupos históricamente excluidos de la región. No es de sorprender, por lo tanto, que en su gran mayoría se identifiquen con una encarnación de la “izquierda”. La idea de la izquierda es muy amplia, por cierto, ya que comprende a revolucionarios, socialistas, socialdemócratas y liberales, pero alguna clase de compromiso con las luchas de los subalternos es una parte central de la *illusio* del campo. De hecho, este aspecto de la *illusio* es tan fuerte que es prácticamente de rigor que los

investigadores adopten esta perspectiva, lo que explica el ultraje que suscitan las incursiones en el campo de investigadores que apoyan posiciones conservadoras, puesto que rompen uno de los consensos constitutivos del mismo.

La sofisticación y novedad teórica es una faceta del latinoamericanismo que resulta de su ubicación principal en las humanidades, un área dominada por corrientes posestructuralistas. Asimismo, el hecho de que gran parte de los latinoamericanistas hayan empezado sus carreras en el estudio de la literatura ha tenido una influencia importante tanto en su orientación teórica como en su proceder metodológico, con un claro predominio de aquella. Para mostrar un mínimo nivel de competencia técnica es importante que la producción académica exhiba un conocimiento adecuado de un núcleo de tendencias teóricas, pero lo que realmente se privilegia es la innovación. De hecho, esto es notable en gran parte de las humanidades, campo en que el *habitus* de los participantes es marcado por su conocimiento de una historia disciplinaria convulsionada por una serie de cambios de paradigma. Con cada “revolución” o “giro” se buscaba mostrar la caducidad de la época superada y transformar el panorama del campo mediante una serie de saltos epistémicos. En el campo es muy común encontrar una crítica a los mitos del progreso y a cualquier atisbo de teleología, pero la valorización de la novedad en sí representa un culto disfrazado a la modernización.

Como hemos visto, Beverley caracteriza el latinoamericanismo como una forma de política de la identidad. Esta declaración subraya la importancia de la geopolítica en un campo cuyo núcleo está situado en un país que históricamente ha ejercido su hegemonía sobre la región estudiada. Esto conlleva un potencial para el conflicto, por una parte porque la posición política de los latinoamericanistas constituye una crítica implícita a la política histórica de su país –Beverley se declara a favor de un latinoamericanismo “capaz de confrontar la hegemonía de Estados Unidos y expresar un futuro distinto para los pueblos de América” (*Latinamericanism*, 248, traducción mía)– y por otra porque el estudio del “otro” puede considerarse parte de un tipo de *hybris* epistemológica. No es de sorprender, entonces, que en años recientes la “identidad”, la “identificación” o la perspectiva en sí hayan llegado a representar un tipo de capital en las rivalidades que atraviesan el campo.

En lo que sigue, voy a considerar las cuatro vertientes del latinoamericanismo identificadas por Beverley desde la perspectiva ofrecida por estos tres puntos de referencia. En particular, sugeriré que cada vertiente utiliza una combinación de estos factores para enfatizar su validez y para legitimarse en contra de las otras. Aunque voy a utilizar el texto de Beverley como punto de partida para la discusión, esto no implica que esté convencido de la validez de su taxonomía.

En efecto, ni siquiera estoy seguro de que estemos hablando de corrientes como tal sino de estrategias personales para posicionarse dentro del campo, establecer alianzas y legitimar perspectivas y agendas de trabajo. De hecho, incluso la clasificación de Beverley puede considerarse una jugada estratégica. Asimismo, creo que la consideración de los principios de legitimación podría dar pie a un análisis más preciso y explicativo de las relaciones establecidas entre todas estas posiciones. Lo que sobresale en el texto de Beverley, sin embargo, es la naturaleza polémica del campo, el hecho de que lo que hay en él son perspectivas que buscan imponerse conceptualmente, ganar la guerra de las ideas y quedarse con el liderazgo.

### El subalternismo

La primera corriente es conformada por lo que voy a llamar el *subalternismo*, término que Beverley no utiliza, pero que indica su participación en el grupo de los estudios subalternos latinoamericanos. La motivación detrás del desarrollo de la agenda de trabajo de esta colectividad, por lo menos según el análisis del autor, era reposicionar el estudio de la cultura de América Latina, reemplazando el dominio de la literatura por el de los estudios subalternos. Esto se debió a lo que Beverley presenta como el fracaso de su proyecto de solidaridad “literaria” con la revolución sandinista en Nicaragua, y a su lectura de *La ciudad letrada*, de Ángel Rama, texto que señala lo que comúnmente ha sido interpretado como la connivencia de los intelectuales con la conformación de un Estado-nación excluyente y blanqueador. Esta obra representó un punto de quiebre en el trabajo de Rama, cuyo libro anterior, *Transculturación narrativa en América Latina*, fue influyente en el campo de los estudios literarios latinoamericanos, sobre todo por la valorización del género novelístico como ejemplo de resistencia al neoimperialismo.

Este cambio brusco de perspectiva señalaba el rumbo que iba a tomar el latinoamericanismo. El compromiso político con los sectores marginales fue invocado como principio de legitimación en el reajuste del campo que ampliaba su enfoque, de tal manera que la naturaleza misma del campo se transformó. Los que antes habían sido figuras dominantes en los estudios literarios latinoamericanos mantuvieron su capital intelectual, pero entraron a formar parte de un campo ampliado, donde representaban algo así como una fuerza residual. En el mismo proceso, un principio anterior de legitimación, a saber, el valor intrínseco de las obras de arte estudiadas, fue prácticamente descartado.

Este “revolcón” coincidía con el auge de los estudios culturales y los estudios poscoloniales en la academia metropolitana, lo cual dotaba al cambio

de cierto aire de inevitabilidad, sobre todo si los trabajos de los investigadores dentro del campo iban a competir con los de sus colegas de otras áreas. Por lo tanto, se podría argumentar que el principio de sofisticación y novedad también impulsaba el desarrollo de los estudios subalternos. La obra de Rama puede haber sido importante para Beverley, pero la influencia decisiva fue ejercida por las formas de teorización asociadas con los estudios culturales y los estudios poscoloniales que introducían –o por lo menos institucionalizaban– un repertorio crítico dominado por la desconstrucción, la obra de Foucault y el posmarxismo al estilo de Stuart Hall y Ernesto Laclau.

La fundación del grupo de estudios subalternos latinoamericanos simbolizaba, entonces, la combinación de una impecable declaración de principios políticos con la promesa de una renovación teórica. Como ejemplo de compromiso, y para ilustrar la toma de posición de este grupo de intelectuales, Beverley cita a Ileana Rodríguez: “Nuestra elección como intelectuales es declararnos o a favor del estadismo (el Estado nacional y la política de partido) o a favor del subalterno. Nosotros elegimos el subalterno” (Beverley, *Latinamericanism*, 77, traducción mía). La renovación teórica se dio de la mano de este primer impulso ético, ya que el subalternismo mostraba cierta influencia de Gramsci, aunque no tanto como se pretendía.

El tercer punto de referencia, sin embargo, era más problemático. De hecho, en el subalternismo no emerge todavía como principio de legitimación sino como problema. Ilustrada por la muy comentada polémica alrededor de la literatura testimonial, la dificultad se centraba en la diferencia de identidad entre el investigador y los sujetos de su investigación. La literatura testimonial prometía acceso a los grupos subalternos, pero como demostró el caso del testimonio, sobre todo en el ejemplo paradigmático de *Yo Rigoberta*, con su problemática introducción por Elisabeth Burgos, esta clase de textos respondían a una lógica de redacción e incluso apropiación de las palabras y experiencias del subalterno por parte del intelectual. La pretensión de Burgos de establecer una identidad con su coautora, basada en la preparación compartida de las tortillas, no solo subraya la distancia entre ellas, sino también la romantización del sujeto subalterno debida a una redactora que imponía su propia estética en la construcción del texto.

En este momento, hay que notar que otro de los cambios de paradigma fue el reemplazo de la categoría del “pueblo” por la del subalterno. El sujeto político popular era una identidad homogeneizante, cuya reivindicación, suprimiendo las diferencias culturales entre las colectividades que supuestamente lo conformaban, discriminaba a los grupos étnicos que habían sido excluidos desde la época colonial –el ejemplo que da Beverley es el del autoritarismo sandinista en

el manejo de las relaciones con la población indígena miskitu en el periodo revolucionario— a favor de un mestizaje blanqueador y nacionalizante. El subalterno, entonces, reemplazó al pueblo en el análisis latinoamericanista. El problema, no obstante, era decidir qué se quería decir con *subalterno*.

En la obra de Gramsci, la idea de subalternidad es a veces una clave para hablar del proletariado, mientras que en otras ocasiones sirve para evocar la totalidad de los sectores subordinados de la sociedad italiana. En el contexto latinoamericano, la utilidad del modelo gramsciano es que permite reconocer la naturaleza heterogénea no solo de los grupos dominados, sino de las élites, subrayando a la vez la mayor capacidad de estas últimas de unificarse alrededor de unas metas estratégicas. Pero en la teorización del grupo surasiático, que orientaba la discusión latinoamericanista, la categoría había padecido una transformación importante.

En su famoso texto “¿Puede el subalterno hablar?”, la crítica literaria india Gayatri Spivak notó la diferencia entre el contexto del “Primer Mundo”, donde gracias al *capital socializado* (término que designa el Estado social demócrata o de bienestar) “los oprimidos, si se les da la oportunidad, pueden hablar y conocer sus condiciones”, y la situación en la periferia, donde los subalternos, que no disfrutaban de las mismas condiciones, carecían de un espacio de autorrepresentación (“Can?”, 273, traducción mía). En otras palabras, la lectura de Spivak sugería que la modernidad en países como la India se había caracterizado históricamente por procesos de dominación sin hegemonía, como había argumentado el historiador Ranajit Guha, mediante los cuales el Estado sencillamente reprimía a los grupos marginales, sin ofrecerles nada a cambio. En términos gramscianos, se trataba de coerción sin consenso. Por lo tanto, el texto de Spivak, que tanta influencia ha ejercido en el imaginario poscolonial, efectuó una resemantización de la noción de *subalternidad*, que dejó de designar a aquellos que tienen algo que ganar del estado actual de las cosas, a pesar de su subordinación, y pasó a denominar a los que existen en una relación “de exceso” con la sociedad constituida. El subalterno se transformó en el límite de la hegemonía, encarnando todo lo que no se ha podido incluir en la articulación ideológica de lo social.

En la teorización poscolonial que mayor influencia tuvo en el subalternismo latinoamericano, por lo tanto, la categoría de *lo subalterno* se convirtió en una entidad sobre todo discursiva, lo cual explica su torpeza sociológica. Es decir, en vez de referirse a grupos sociales específicos, la noción llegó a ser una manera de nombrar las contradicciones inherentes a cualquier discurso hegemónico. Habiendo distinguido en un primer momento entre los “oprimidos” europeos y los “subalternos” indios, el trabajo posterior de Spivak parece reservar el concepto

de *subalternidad* exclusivamente para las mujeres del subproletariado. En todo caso, desde este momento en adelante la figura del subalterno ha llegado a representar un residuo irreducible que marca el límite del pensamiento hegemónico. Como tal, empieza a adquirir un aura casi mágica.

Con el escolasticismo habitual de las humanidades, así se ha conservado, pasando por varias reelaboraciones, por cierto, pero manteniendo su significado fundamental. Moreiras, por ejemplo, declara que el subalterno es una “exterioridad sin positividad, un residuo transhistórico cuya fuerza es apelar a ‘otro estado de las cosas’, entendido como la negación de lo que niega la hegemonía” (*The Exhaustion*, 298, traducción mía). Precisiones de este tipo son finas, sin duda, pero es difícil no apreciar en ellas lo que García Canclini llamaba el “ensimismamiento” de los estudios culturales (121). En otras palabras, una forma de teorización que había buscado acercar a investigador y sujeto marginado había logrado la hazaña de hacer que este último desapareciera.

En resumen, el afán por alcanzar un nivel de complejidad teórica entró en conflicto con el impulso original de solidaridad, minando el principio de legitimación más importante del subalternismo al dejarlo con un subalterno sociológica y políticamente inerte. La desintegración del grupo algo debía a esta problemática, pero gran parte de esa ruptura se debió a las críticas de investigadores latinoamericanos que rechazaban su marco teórico, acusándolo de “eurocéntrico” y neocolonial. Beverley llamó a estos críticos con el nombre despectivo de “neo-arielistas” y ha hecho un gran esfuerzo por rebatir sus planteamientos (*Latinamericanism; Subalternity*). Sin embargo, voy a dejar la discusión de esta corriente hasta el final de este ensayo, para ocuparme de las otras dos tendencias comentadas en el texto. Antes de dejar la discusión de la posición política de Beverley, sin embargo, quiero señalar que en *El latinoamericanismo* re-articula el llamado al compromiso político como principio de legitimación, esta vez mediante su adhesión pos-subalternista al Estado-nación, representado por los gobiernos de la llamada “marea rosada”. Para Beverley la actitud de los intelectuales hacia estos Estados llega a ser una manera de definir el valor de su posición política.

### La desconstrucción

El uso de esta estrategia es particularmente evidente en el tratamiento de lo que Beverley llama la desconstrucción. Bajo este rótulo agrupa a aquellos críticos que enfatizan la sofisticación teórica por encima del radicalismo político, dedicándose a deshacer los esencialismos identitarios y a subrayar los momentos aporéticos de los discursos políticos. Beverley presenta un pequeño mapa de



los practicantes, e identifica dos núcleos, uno en Estados Unidos, otro en Chile, pero su ejemplo paradigmático es Alberto Moreiras y su libro *El agotamiento de la diferencia*.

Aunque lo disfraza bajo una referencia al supuesto izquierdismo de estos críticos, Beverley cuestiona su compromiso político. Su pregunta básica es por qué no pueden comulgar con los gobiernos de la marea rosada, y al intentar responder a su propia pregunta identifica dos momentos en el posestructuralismo latinoamericanista. El primero es la diferenciación que hace Moreiras entre un latinoamericanismo “de primer grado”, cuyo marco conceptual depende de nociones “anticuadas” de diferencia y de identidad, y un latinoamericanismo de segundo grado que pone en tela de juicio el esencialismo –de nación, de etnia, de clase– de los primeros. El segundo momento, sugiere Beverley, es la emergencia de otro grupo desconstruccionista que no se limita a deshacer el esencialismo sino que busca abrir un camino hacia una futura política emancipadora. Este sería el caso de Moreiras.

Lo que vemos en esta discusión son dos maneras de desprestigiar el trabajo de los demás, evocando distintos principios de legitimación. Moreiras resalta la ingenuidad teórica de ciertos críticos, mientras que Beverley presenta a Moreiras como un desconstruccionista con compromiso político, para luego intentar mostrar que en últimas este compromiso es insuficientemente político.

Ahora bien, la posición hiper-teorizante de Moreiras es problemática desde la perspectiva del principio de legitimación político. Sus fundamentos teóricos lo impulsan a evitar el esencialismo identitario, a situarse críticamente en el espacio entre las reivindicaciones nacionalistas de los defensores del Estado-nación y la lógica de la globalización neoliberal. Su desarrollo del concepto de *hibridez salvaje* (*The Exhaustion*, 290) anuncia la desconstrucción radical de todas las pretensiones esencialistas. En un panorama político desolado, marcado por la lógica del mercado y la derrota de la izquierda, Moreiras se refugia en la atopía ofrecida por la desconstrucción. En tiempos de luto por el proyecto perdido de la izquierda, la literatura, metáfora de la práctica crítica por la que él aboga, ofrece la posibilidad de otro tipo de pensamiento, de otra modernidad, ya no como ficción fundacional del Estado nacional sino como “tercer espacio” (Moreiras, *Tercer*).

Todo esto es sugerente pero a la vez etéreo. Su debilidad en cuanto al principio político, recordando las críticas de la connivencia del posestructuralismo con el capital globalizante, es evidente. En las condiciones del continente, ¿es suficiente contemplar la posibilidad de una futura redención desde las ruinas? Esta pregunta, que se presta para muchas posibles respuestas, encierra la necesidad de hablar en cuanto sujeto concreto, localizado en un contexto dado, en vez de



hacerlo desde un lugar que es un no-lugar, sobre todo si detrás de esta “atopía” hipotética está la posición acomodada de un trotamundos académico.

Esto es precisamente lo que hace Beverley. Sugiriendo que, lejos de ser un investigador “atópico”, hay una prepotencia teórica, para no decir *hybris*, implícita en la posición de Moreiras, cita una nota de *Línea de sombra*, en la que este demuestra cierta impaciencia con la retórica indigenista en Bolivia, representada en el texto por el deseo de descolonizar a Tawantinsuyo, ya que a su modo de ver esta prioridad no debería desviar la atención de la necesidad de gobernar bien, redistribuir los recursos y “crear la justicia social”. Para Beverley, el énfasis típicamente desconstruccionista en el análisis del esencialismo identitario oculta la necesidad de tales deseos en la construcción de un proyecto hegemónico que permita, precisamente, realizar los cambios sociales deseados. Más aún, Beverley sugiere que lo que se alcanza a atisbar en las palabras de Moreiras es la actitud condescendiente con otras conceptualizaciones del mundo. En otros términos, su “eurocentrismo”. De esta manera Beverley también apela al principio de perspectiva para criticar la posición de Moreiras.

Asimismo, Beverley sugiere que los planteamientos de Moreiras son más coherentes en un momento de derrota. Insinúa que ante el surgimiento de la marea rosada, tal posición escéptica revela que en el fondo los practicantes de la desconstrucción se sienten más a gusto con el liberalismo. Esto puede ser acertado, sobre todo en la medida en que los críticos de la desconstrucción no aceptan el esencialismo populista. Pero lo que Beverley hace, de manera sigilosa, es comparar la “autosatisfacción” (“complacency”) que Moreiras localiza en la reivindicación de las políticas de solidaridad con la comodidad de un profesor titular cuyas batallas políticas se libran en el campo teórico. Algo parecido sugiere Brad Epps, en un análisis perspicaz de la obra de Moreiras, al declarar que “para los que son apaleados en la frontera, los que se ahogan en el paso del río, los que son internados en campamentos, los que ‘sueñan’ con una vida mejor, la controversia entre los estudios culturales y los estudios literarios, [...] o entre el subalternismo y el valor estético, es en efecto irrelevante” (244, traducción mía).

Esto ilustra el uso estratégico del principio político en contra de un contrincante que tiene aparentes debilidades en ese flanco. A este respecto, es reveladora la comparación con los comentarios de Nelly Richard, identificada por Beverley como integrante de la corriente desconstruccionista, que intentan refutar tales críticas haciendo referencia a otro investigador que este podría haber incluido en el grupo de la desconstrucción, Román de la Campa. Aludiendo a los efectos devastadores de las dictaduras del Cono Sur sobre la vida intelectual, especialmente en términos institucionales, Richard nota que “el pensamiento crítico ha

tenido que salirse del refugio universitario, para repolitizarse en los choques con un contexto histórico en pleno desarme y convulsión. Estas sacudidas explican, quizás, porqué las obras de los críticos latinoamericanos pueden ser vistas como “obras que le hablan a la cultura latinoamericana como espacio social en vivo, no desde debates literarios organizados por mercados académicos” (Campa, 89) y como obras siempre agitadas, aunque se concentren en lo “textual”, por la tensión entre lo crítico-intelectual y lo político-social.

Aquí Richard evoca los tres principios de legitimación. Aprueba el involucramiento del intelectual local con un contexto particular, en este caso dramático y violento (principio político y principio de identidad-ubicación), y enfatiza la importancia de la seriedad teórica (principio de sofisticación), rechazando la división entre lo textual y lo social, aunque a la vez reconoce una “tensión” entre lo que llama lo crítico-intelectual y lo político-social. Tal declaración la ubicaría en una parte del campo distinta de la de Moreiras, a pesar de sus evidentes afinidades en otros sentidos.

### La poshegemonía

Al enfilarse baterías contra los teóricos de la multitud, Beverley se enfrenta a una vigorosa corriente emergente que propone reestructurar el campo mediante un cambio en la conceptualización de lo político. El ejemplo aquí es el libro *Poshegemonía*, de Jon Beasley-Murray, texto ambicioso que se presenta en algunos aspectos como un correctivo a los planteamientos de Michael Hardt y Antonio Negri, que le sirven de base para sus elucubraciones teóricas. Al igual que todas las teorías consideradas aquí, la de la hegemonía rechaza la idea del “pueblo” como sujeto histórico, y la reemplaza en este caso por la noción de *multitud*, “un sujeto social múltiple, internamente diferenciado, cuya constitución y acción se basa no en la identidad ni en la unidad (ni mucho menos en la indiferencia), sino en lo que tiene en común” (Hardt y Negri, 83, traducción mía). Este marco conceptual también rechaza el énfasis en el consenso que es la piedra angular de la teoría de la hegemonía, y subraya la importancia de la afectividad. Al fundamentarse en el modelo de Hardt y Negri, realza la significación de una perspectiva política, y se presenta como parte de la vanguardia teórica. Dada la trascendencia de la noción de *imperio*, sin embargo, impugna fuertemente la relevancia de una política de la ubicación. Después de todo, el imperio está por todos lados.

Beverley no se enfrenta directamente a este usurpador teórico sino que arremete contra los planteamientos de Hardt y Negri. De hecho, en su capítulo sobre la multitud ni siquiera se digna a mencionar a Beasley-Murray, como si no quisiera involucrarse con sus argumentos (reserva unos cuantos comentarios sobre

*Poshegemonía* para el capítulo acerca de Moreiras). Deja a un lado el planteamiento de que los hábitos, los odios y los miedos representan una faceta constitutiva de lo político que funciona de manera menos evidente pero más poderosa que el raciocinio. Tal vez considere que las contradicciones inherentes a la noción de *multitud* son suficientes como para desprestigiar la totalidad de este proyecto crítico.

El análisis de Beverley depende de una comparación de los conceptos de *subalterno* y de *multitud*, en la que se privilegia, por supuesto, el primero. Defiende el estudio de las políticas de la identidad en contra de la noción, para él más abstracta, de *multitud*. A su juicio, *subalternidad* tiene la ventaja de referirse a identidades sociales concretas, mientras que la multitud es un sujeto colectivo híbrido, creado por los procesos desterritorializantes del capitalismo global. Considera que el potencial revolucionario de la multitud es un espejismo, o como mucho una metáfora utópica, al igual que el llamado de Hardt y Negri a la construcción de una ciudadanía global. Desprovisto del marco del Estado-nación, el espacio soberano en el que se desarrolla la política hegemónica, la multitud pierde sentido y aparece sencillamente como un tipo de “turbulencia” que obstaculiza el desarrollo del capital posfordista.

En realidad, el análisis de Beverley es bastante somero. Tal vez esto tenga que ver con el hecho de que, como recién llegados, los poshegemónicos son los “jóvenes turcos” del latinoamericanismo metropolitano. Tienen una confianza en la certeza de sus ideas y una batería de puntos de referencia –la soberanía, el éxodo, las líneas de fuga, la multitud, y sendos otros– que les permiten flanquear a los que ya ocupan una posición dominante en el campo. En cuanto a novedad y sofisticación teórica, no hay duda de que ofrecen un cambio de perspectiva y van construyendo un capital intelectual importante.

No obstante, se enfrentan a una serie de objeciones desde la perspectiva del principio político de legitimación. A pesar de su postura ideológica es difícil ver con qué movimientos precisos se identifican, y cómo podría su teorización impulsar la acción política de los sujetos sociales en una coyuntura dada. Esta teorización es desprovista de praxis, lo cual debilita su apelación al principio político. Asimismo, el hecho de que represente la aplicación de una teoría metropolitana en el contexto latinoamericano invita a críticas basadas en el criterio de perspectiva o de ubicación.

Al igual que Moreiras, es evidente que estos críticos poco se preocupan por lo que a veces se llama de forma sarcástica el excepcionalismo latinoamericano pero que a menudo pareciera ser el contexto específico. Sin embargo, la crítica a la relevancia coyuntural de su análisis es más grave. Para ilustrar esta problemática, tomemos el ejemplo que Beasley-Murray utiliza al final de su libro para

ejemplificar las acciones de la multitud, la defensa de la revolución bolivariana por parte de los sectores populares en el momento del golpe contra Chávez en el 2003. Al bajar de los cerros, ignorando la propaganda televisiva que se estaba emitiendo sobre la renuncia de Chávez y el cambio de régimen, la gente de Petare, del 23 de Enero, de Antimano y de todos los otros barrios populares de la ciudad, que convergía en las emisoras y en el palacio de Miraflores, conformaba “una multitud chavista emergente” (Beasley-Murray, 294). Para Beasley-Murray, esta oleada abigarrada, con sus panfletos caseros, representaba la insurgencia espontánea de la multitud en contra del restablecimiento del imperio. Multitud, se supone, porque los participantes se consideraban singularidades, irreducibles a una masa, pero con un interés común: derrotar a los golpistas.

El planteamiento de Beasley-Murray es que la respuesta ante la intentona de golpe, al igual que el momento caótico del Caracazo, era un instante de ruptura, en el que la falta de influencia partidista y la ausencia del Estado permitieron la emergencia de la multitud. No obstante, aunque hablar de una multitud es una descripción más adecuada que hablar, por ejemplo, del “bravo pueblo”, como si existiera un sujeto popular pre-constituido u homogéneo, también habría que tener en cuenta que los que salieron a defender la revolución bolivariana en esta crisis se identificaban con el discurso chavista y su narrativa populista. Después de todo, el contexto en el que se dio la insurrección estaba estructurado por las movilizaciones hechas por el chavismo, por la capacidad aglutinante del discurso chavista, y así sucesivamente.

La diferencia, supongo, es que sus integrantes se consideraban singularidades. Pero ¿qué quiere decir eso, aparte de señalar que en el momento de apoyar a Chávez estas personas seguían siendo sujetos complejos? Si la teoría de la multitud nos ayuda a comprender lo provisional y fragmentado de las adhesiones políticas y las limitaciones inherentes al uso del concepto de identidad, bienvenida sea. Es un correctivo importante, pero no es una revelación, ni invalida en sí una interpretación de estos eventos desde la perspectiva de la hegemonía. Es decir, no se puede subestimar el aspecto retórico de este levantamiento “espontáneo”. Después de todo, si fue efectivamente la multitud la que emergió, ¿por qué aceptó mansamente el regreso del poder populista encarnado por el presidente? ¿Por qué dejó que su poder constitutivo fuera usurpado de nuevo por el retorno triunfal de Chávez?

En cualquier caso, ¿por qué contentarse con estas preguntas? Es posible investigar las reacciones ante lo ocurrido de la gente que participó en esos eventos tan dramáticos. Estas personas todavía están allí y no es necesario buscar sus palabras en las partes más escondidas del archivo. ¿No será que evitar hacerlo es

en el fondo otro ejemplo de hablar por los demás, de definir el significado de sus acciones sin tener en cuenta su propia perspectiva? En efecto, uno podría pensar que la gran debilidad de la poshegemonía es su debilidad sociológica. Esto, sin embargo, no es necesariamente tan problemático, dado el enfoque general del latinoamericanismo, que tiende a privilegiar la teoría sobre el análisis coyuntural. Si miramos el perfil de este grupo se nota que son estudiosos de la literatura que han utilizado su indudable competencia teórica para poner en tela de juicio el prestigio interpretativo de sus mayores.

### El neo-arielismo

El término *neo-arielista* (la etiqueta viene de la obra de José Enrique Rodó) es una categoría negativa inventada por Beverley para referirse a los intelectuales latinoamericanos que se opusieron a la imposición de una agenda crítica metropolitana sobre el estudio de la región. Según Beverley, ellos consideran que la teorización latinoamericanista ha sido dominada por las modas teóricas metropolitanas, en detrimento de la tradición intelectual local. En la versión de Beverley, sin embargo, estos investigadores resienten la pérdida de sus privilegios como intérpretes de la realidad cultural latinoamericana y guardianes de dicha tradición. En este sentido, Beverley los relaciona con la ciudad letrada de Ángel Rama, ya que en su gran mayoría son estudiosos de la literatura.

Beverley ha vapuleado a esta tendencia durante más de una década, y no es casualidad que sea la única corriente a la que le endilga una identidad claramente negativa. En su análisis, la crítica literaria uruguaya Mabel Moraña se convierte en el ejemplo paradigmático del intelectual neo-arielista. Esta caracterización surge en parte a raíz del famoso artículo “El boom del subalterno”, publicado en la *Revista de Crítica Cultural* en 1997, en el que Moraña cuestiona la idoneidad de los conceptos “migrantes” utilizados para captar la particularidad cultural de América Latina. Notando la capacidad del término *subalterno* en la obra de Gramsci para captar lo fragmentada e irruptiva que es la acción política subalterna, ella argumenta que

la elaboración actual del concepto violenta [...] esa disgregación, convirtiendo la subalternidad en una narrativa globalizante, sustituyendo el activismo político que fundamentaba los textos incluidos en los *Cuadernos de la cárcel* por un ejercicio intelectual desde el que puede leerse, más que el relato de las estrategias de resistencia de los dominados del Sur, la historia de la hegemonía representacional del Norte, en su nueva etapa de rearticulación postcolonial. (“El boom”, 52)

Aquí Moraña no apela al principio de la perspectiva del crítico, sino al principio político, mientras que rechaza rotundamente el de la novedad teórica. Lo que llama la atención, de hecho, es que en ningún momento adopta las posturas que Beverley le asigna en *El latinoamericanismo*, donde incluso, sugiriendo que su reivindicación del valor estético de la literatura representa un menosprecio de la cultura popular frente a la cultura de élite, la tilda de “neoconservadora”. Como tal, argumenta Beverley, representaría un obstáculo para el desarrollo de una agenda progresista en América Latina. La violencia de estos argumentos es notable y se debe, tal vez, al desafío que tales comentarios ofrecían a la autoridad interpretativa de los integrantes del núcleo del latinoamericanismo, que habían hecho una inversión considerable en las tendencias críticas que Moraña evalúa de manera tan perspicaz. Por eso mismo, la polémica ha sido tan intensa, ya que en ciertos momentos representaba una amenaza para la integridad del campo. Lo cierto es que el conflicto sobre el papel de la perspectiva del investigador como principio de legitimación ha representado una verdadera lucha por la autoridad interpretativa.

Ahora bien, un aspecto extraño de la posición de Beverley es que mientras arremete contra los neo-arielistas, nunca ha desarrollado una crítica a fondo del proyecto modernidad/colonialidad asociado con Walter Dignolo. De hecho, es allí, mucho más que en la obra de Moraña, donde se desarrolla una posición crítica que enfatiza la importancia del principio de la perspectiva del investigador. En realidad, este proyecto constituye un rechazo de la legitimidad epistemológica de la crítica metropolitana.

Para Dignolo, y otros pensadores latinoamericanos como Enrique Dussel y Aníbal Quijano, las mismas herramientas conceptuales de la academia metropolitana están contaminadas por la contrapartida intelectual del colonialismo, la colonialidad. El intelectual latinoamericano tiene que efectuar un cambio en su manera de pensar, reconociendo, al estilo de Fanon, el eurocentrismo de las categorías de análisis que han determinado su propio desarrollo teórico, su propia identidad como investigador. Asimismo, todos los integrantes del campo deben entender que los hábitos de pensamiento asociados con este eurocentrismo los han llevado a desconocer o menospreciar el valor de la tradición intelectual latinoamericana.

Este argumento propone un cambio radical en la manera de legitimar el trabajo en el campo, apelando al principio de perspectiva, a la novedad y sofisticación teórica, y también al compromiso político. Ejemplifica la lucha por establecer una jerarquía entre los criterios de legitimación que privilegie la perspectiva particular de cada investigador, maximizando la importancia del capital

cultural. Efectúa una inversión, cuestionando la presuposición de la superioridad técnica de la academia metropolitana, liberándose de su autoridad, y ofreciendo una oportunidad para que los latinoamericanos, y los otros que han vivido muchos años en América Latina, se aprovechen de este capital acumulado para mejorar su posición en el campo.

En este proceso hay que tener en cuenta las diferencias de posicionamiento institucional de los intelectuales que han desarrollado esos argumentos. Algunos, como el mismo Mignolo o Ramón Grosfoguel, ocupan puestos en universidades prestigiosas de la metrópoli, mientras que otros, como Dussel, Santiago Castro-Gómez o Daniel Mato, trabajan en importantes universidades latinoamericanas. Ellos son sobre todo los primeros que se benefician de la invocación de una perspectiva privilegiada en el mercado de bienes simbólicos de la academia metropolitana. En el prefacio a *El lado más oscuro del renacimiento*, texto que señala la indisoluble relación entre modernidad y colonialidad, Mignolo defiende la publicación de su obra en inglés por razones de “impacto”, declarando que no quiere “marginalizar el texto antes de que pueda participar en la conversación intelectual” (viii, traducción mía). Esta posición parece ir en contra del planteamiento fundamental de su obra y parece ser un caso en que el *habitus* del intelectual metropolitano –y dadas las formas de su intervención en el campo hay que reconocer que Mignolo es sobre todo un intelectual metropolitano– impone la necesidad profesional de estar presente en el mercado académico de lengua inglesa, por razones de prestigio. Participar en la conversación, por lo menos desde una perspectiva de mercado, exige la publicación en inglés.

Otros representantes de esta corriente, prefiriendo trabajar en América Latina y publicar en español o portugués, han adoptado posiciones distintas. La crisis de las universidades en muchos países ha dificultado este proceso, pero en el caso de un investigador como Santiago Castro-Gómez, vemos el desarrollo de una obra –en especial en *La hybris del punto cero* (2005) y *Tejidos oníricos: Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)* (2009)– cuya teorización ilumina una coyuntura sociopolítica específica, al margen del latinoamericanismo metropolitano, sin necesidad de buscar su publicación en inglés. Para cualquier investigador sobre Colombia, estos textos son puntos de referencia necesarios, sin importar el hecho de que hayan sido publicados en español por una editorial local. Sin embargo, habría que preguntarse en qué medida estos investigadores participan en condiciones de igualdad en el latinoamericanismo, y en qué medida sirven como legitimación de las credenciales de sus colegas en el núcleo metropolitano. En este sentido, es notable que esos intelectuales hayan empezado a crear su propio espacio, con su propia base editorial. En otras palabras, han



ido estableciendo otro tipo de capital académico, con una notable autonomía respecto a las exigencias del mercado anglófono.

Aun así, el problema de la perspectiva no se limita a una cuestión de distanciamiento físico. Como señala Mignolo, en sus referencias a Abya Yala o Tawantinsuyu, al pensar desde el punto de vista de un lugar llamado América Latina, desconoce la existencia de distintas maneras de plantear el territorio, la identidad y la epistemología, que también lo excluyen a él y a la tradición en la que trabaja. Aunque es consciente de esta problemática, la conciencia no resuelve por sí sola la dificultad de conciliar universos simbólicos radicalmente diferentes. Castro-Gómez sugiere una manera de entender este dilema que enfatiza más bien el principio político:

De lo que se trata no es [...] de proclamar un ámbito de exterioridad frente a occidente (el “tercer mundo”, los pobres, los obreros, las mujeres, etc.) o de avanzar hacia algún tipo de “posoccidentalismo” teórico legitimado paradójicamente con categorías occidentales. Ello no haría otra cosa que reforzar un sistema imperial de categorizaciones que le garantiza al intelectual el poder hegemónico de hablar por o en lugar de otros. De lo que se trata, más bien, como lo enseña Spivak, es de jugar limpio; de poner las cartas sobre la mesa y descubrir qué es lo que se quiere lograr políticamente con una determinada interpretación. (Castro-Gómez y Mendieta, 6)

A pesar de estas precisiones, la reivindicación de la perspectiva como legítimo principio de legitimación ha sido caracterizada por algunos como una política de la identidad, en el sentido más burdo, en la que los registros de nacimiento tienen mayor valor que el conocimiento. Como dice Justin Read en una entrada de su blog, “ego latinoamericanum, ergo no entiendes”. Pero incluso esta caricatura sarcástica demuestra la incomodidad que sienten algunos investigadores metropolitanos en el momento de legitimar su trabajo con un criterio basado en la perspectiva. Esta preocupación está presente en el libro de Beverley, no solo cuando dice que nació en Venezuela, o cuando sugiere que tal vez debería dejar el latinoamericanismo para dedicarse al estudio de su propio país, sino en el momento de su autorrepresentación –por cierto esencialista– como “gringo bueno”. Que sienta la necesidad de identificarse así demuestra que los llamados “neo-arielistas” han impuesto la problemática de la perspectiva como punto de referencia en el campo.

Esta polémica llegó a ser tan venenosa que estuvo a punto de fracturar el campo en bandos enfrentados, bandos que, enfocándose más bien en sus propios proyectos editoriales, ya ni siquiera dialogaban. Moreiras habla del congreso de



LASA en el 2001 (“¿Puedo?”), cuando el grupo de estudios subalternos se deshizo, como el punto más crítico de estas disputas. Sin embargo, a pesar de la discordia, hay expresiones de lo que comparten los investigadores, es decir, reiteraciones de la validez del campo. Moraña, por ejemplo, nota que “una actitud defensiva hacia los discursos producidos fuera de América Latina es comprensible si se tiene en cuenta la larga experiencia de la penetración cultural, pero también demuestra debilidad y la incapacidad de intercambiar ideas, y es una actitud condenada a sacrificar contribuciones fundamentales a nuestro campo de estudio” (“Latin”, 33, traducción mía), mientras que por su parte Beverley anuncia que “lo que divide los estudios subalternos de sus críticos neo-arielistas en América Latina es menos importante que las preocupaciones que compartimos” (*Latinamericanism*, 889, traducción mía). En todos estos comentarios, vemos tanto un ánimo de conciliación como un afán por mantener la integridad del campo mismo.

#### A modo de conclusión

El acercamiento desde el punto de vista de Bourdieu es, por cierto, provocador. Propone una radiografía de un campo, con sus “roscas” y estrategias editoriales, sus manifiestos y grupos de amistades, que disputan un terreno limitado. De hecho, en un corto ensayo como el presente no se puede desplegar la metodología completa de Bourdieu, con su genealogía detallada y cartografía exhaustiva del campo. Tal trabajo necesitaría un libro, muy diferente, por cierto, del texto de Beverley. No obstante, los puntos de referencia ofrecidos por la teoría de los campos nos ayudan a entender mejor las dinámicas de este rincón de la academia, poniendo al descubierto una parte de la política interna del latinoamericanismo.

En este sentido, queda claro que pensar las cosas desde la perspectiva de las luchas que estructuran un campo invita a cierto nivel de cinismo, pues nos hace pensar en las palabras de Brad Epps cuando dice que “la universidad puede ser uno de los sitios más cuestionables para la crítica que se pueda imaginar” (233, traducción mía), o en parte del título del artículo de Jeff Browitt sobre el tema, “Parches enfrentados”. Asimismo, sugiere una manera muy particular de leer intervenciones como la de Beverley. Por otra parte, pensar las cosas desde ese punto de vista permite empezar a bosquejar los contornos del campo, ayudando a aclarar la confusión de definiciones que han marcado los meta-análisis del mismo. Nos recuerda que por debajo del componente intelectual de la investigación, aparentemente “desinteresado”, hay un *habitus* que orienta el proceder de todos los que tienen algo en juego en el campo. Y demuestra algunas de las consecuencias implícitas en el momento de lanzarse a la participación.

Finalmente, esa perspectiva nos invita a pensar en los principios de legitimación que ayudan a estructurar el latinoamericanismo, principios que han constituido puntos centrales de discordia en el desarrollo del campo. Con esto en mente, es importante entender que la teoría de los campos no implica considerar que el único factor que motive las múltiples actividades que los constituyen sea la necesidad de acumular cada vez más capital. La desfamiliarización característica de la mirada de Bourdieu es cruda al respecto, implacable en su búsqueda de los intereses que incitan a la acción, más aún cuando afirma que estas motivaciones existen en un plano profundamente naturalizado e interiorizado para los participantes en el juego. Sin embargo, para Bourdieu, la autonomía de los campos no significa que estén cerrados, ni que sus integrantes no puedan mirar más allá de sus horizontes. Las complejas interrelaciones de los campos –y de los subcampos– sugieren que el deseo de tener alguna incidencia, o siquiera relevancia, en las luchas políticas en América Latina puede ser algo más que un espejismo.

Lo que se necesita, no obstante, es un reconocimiento más abierto de la implicación política de los diferentes caminos que se están proponiendo dentro del campo. ¿Vamos a esperar entre las ruinas o la llegada de la multitud? ¿Vamos a refugiarnos en políticas de la identidad o en debates interminables sobre un concepto de subalternidad que no tiene nada que aportar a la comprensión de las múltiples realidades latinoamericanas? Si estas son las únicas propuestas políticas y si nos interesan las relaciones de poder más allá del campo mismo, pues efectivamente es hora de olvidarnos del latinoamericanismo. Por el contrario, si existe la posibilidad de trabajar hacia lo que Orlando Fals Borda llamaba “ideas-acción para el cambio”, entonces el principio del compromiso político servirá para algo más que producir textos, estructurar “roscas” y asegurarles un sueldo a los integrantes de lo que Bourdieu consideraba una de las fracciones dominadas de las clases dominantes.

### Obras citadas

- Beasley-Murray, Jon. *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.
- Beverley, John. *Latinamericanism after 9/11*. Durham: Duke University Press, 2011.
- \_\_\_\_\_. *Subalternity and Representation*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. París: Editions de Minuit, 1984.
- \_\_\_\_\_. *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. París: Seuil, 1994.
- \_\_\_\_\_. *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil, 1992.
- Browitt, Jeff. “Of Postcolonial Critique, Replicants and Turf Wars in Latin American Cultural Studies”. *Postcolonial Studies* 12.2 (2009): 255-260.

- Campa, Román de la. "De la deconstrucción al nuevo texto social: pasos perdidos o hacer en los estudios culturales latinoamericanos". *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina; el desafío de los estudios culturales*. Mabel Moraña (ed.). Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000, 91-112.
- Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (eds.). *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, postcolonialidad y globalización en debate*. México D. F.: Porrúa; Universidad San Francisco, 1998.
- Epps, Brad. "Keeping Things Opaque: On the Reluctant Personalism of a Certain Kind of Critique". *Ideologies of Hispanism*. Mabel Moraña (ed.). Nashville: Vanderbilt University Press, 2006, 230-266.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa, 2006.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio. *Multitude*. Nueva York: Penguin, 2004.
- Larsen, Neil. "Latin-Americanism without Latin America: 'Theory' as a Surrogate Periphery in the Metropolitan University". *Acontracorriente* 3.3 (primavera de 2006): 37-46.
- Mignolo, Walter. *The Darker Side of the Renaissance*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.
- Moraña, Mabel. "El boom del subalterno". *Revista de Crítica Cultural* 14 (1997): 48-53.
- \_\_\_\_\_. "Latin American Cultural Studies: When, Where, Why?". *Hispanic Issues Online* 1 (2006): 31-36.
- Moreiras, Alberto. *The Exhaustion of Difference*. Durham: Duke University Press, 2001.
- \_\_\_\_\_. "¿Puedo madrugarme a un narco? Posiciones críticas en la Asociación de Estudios Latinoamericanos". En: <http://www.fronterad.com/?q=puedo-madrugarme-a-narco-posiciones-criticas-en-asociacion-estudios-latinoamericanos> (15/12/2012).
- \_\_\_\_\_. *Tercer espacio: duelo y literatura en América Latina*. Santiago de Chile: Arcis/LOM, 1999.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. México D. F.: Siglo XXI, 1984.
- \_\_\_\_\_. *Transculturación narrativa en América Latina*. México D. F.: Siglo XXI, 1982.
- Read, Justin A. "Theorein latinoamericano". En: <http://imageflood.wordpress.com/2012/06/29/theorein-latinoamericano-part-2/> (05/04/2013).
- Richard, Nelly. "Saberes académicos y reflexión crítica en América Latina". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Daniel Mato (comp.). Caracas: Clacso, 2012. Consultado en [http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100916032508/33postfa\\_richard.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100916032508/33postfa_richard.pdf) (05/04/2013)

- Spivak, Gayatri. "Can the Subaltern Speak?". *Marxism and the Interpretation of Culture*. Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.). Londres: Macmillan, 1988, 271-316.
- Wacquant, Loïc. "Sociology as Social Analysis: Tales of *Homo Academicus*". *Sociological Forum* 5.4 (1990): 530-545.
- Zimmerman, Marc. "Transnational Crossings and the Development of Latin American Cultural Studies". En: <http://www.class.uh.edu/mcl/faculty/zimmerman/lacasa/estudios%20culturales%20articles/marc%20zimmerman.pdf> (05/01/2013).